**La difícil esperanza (peras, manzanas, plátanos y el Che)**

Pedro Pablo Achondo Moya

Voy a mezclar peras con manzanas. Aviso. Pero a veces hay peras y manzanas que son aliadas, dialogan y se entrelazan. Ya conocemos el durazno plátano, así que aquí no habrá ninguna aberración. Se trata de la difícil y terca esperanza. Esa que mueve el corazón humano, esa que nos abraza cada mañana como una promesa frágil. La juventud de hoy, salvo excepciones loables carece de esperanza, al menos de esa fuerte con sabor a utopía, aquella que involucra el presente entero en vistas de un futuro, siempre incierto. Quizás su esperanza se vuelca en otras cosas, no lo sé. La política perdió ese escalón y los últimos años ha mostrado una posible reanimación. Aunque aún incipiente, totalmente válida y, hoy por hoy, urgente. La Iglesia Católica también perdió ese podio. Salvo contadas comunidades que aún creen que el Reino no es sólo para un mañana, indiferentes del hoy. Y salvo cristianos y cristianas que intentan ser coherentes y no descansan en un hoy demasiado cómodo, demasiado individual. Hay todavía, comunidades que se piensan y viven desde el compartir, desde el servicio y la resistencia. *La difícil esperanza necesita ser alimentada*. La despolitización es una artimaña de la sociedad de mercado que sigue intentando comprar las mentes. ¡Cuánta esperanza nos dan esos espíritus libres que no se dejan comprar! Uno de esos espíritus en la América porfiada sigue siendo el Che. Aquí me dirán qué empecé a mezclar cosas, pero la historia se construye desde ideas, sueños y personas. Dicho de otro modo, desde el relato de personas que se desvivieron por ideales. Y no cuáles quiera.

Ideales de justicia, dignidad humana, derechos, fraternidad, igualdad social, convivencia en paz y las virtudes que han permitido no autodestruirnos. Esos relatos siguen vivos. Siguen hablando de esperanza y justicia, de lucha y aventura. Porque son relatos de utopía. Aunque algunos (¡muchos!) quieran explicarnos que el mundo cambió y que la vida en sociedad es otra, los relatos de esperanza siguen siendo una ruta para vivir. Al menos para soñar. Y, digámoslo bien, los que no sueñan simplemente se frustran y abandonan la posibilidad de una vida digna y preciosa. El relato del Che representa más de lo que se piensa. No puede ser reducido a la mera política, ni a un pasado cultural. Es un relato inspirador. Entiéndase bien. Sus ideales son los mismos de los que lloran la muerte de niños, los femicidios y los crímenes sin pena de encorbatados. La protesta social continúa siendo necesaria. En todas sus formas. Y el relato del Che las sigue alimentando. Por ello un análisis superficial de la situación de Venezuela o una celebración sin más de pactos económicos internacionales, no dan cuenta de la realidad. No dan cuenta del estado de muertos vivientes en que vive gran parte de la población. No dan cuenta de la ausencia de horizonte de millones de jóvenes en el mundo. No dan cuenta de la crisis eco-social ni del desprecio y olvido de nuestras culturas y pueblos indígenas.

Peras manzanas y plátanos. El relato del Che puede seguir dando sabor en un mundo enredado, enquistado y en sociedades insípidas anestesiadas frente el sufrimiento de miles. Hay relatos que mueven montañas y la difícil esperanza los necesita. Relatos colectivos e individuales, cotidianos y algunos heroicos, relatos de aquí cerca -locales, vecinales- y relatos de gigantes creadores de mundos. Relatos relacionados con el arte y la poesía, relatos de políticos y conquistadores, navegantes y viajeros, relatos religiosos, espirituales, entregados. A ver si en nuestras latitudes del sur seguimos contando historias a nuestros hijos antes de dormir. Menos Pepa Pig y más Cristóbal Colón, más Huamán Poma y más Ernesto Guevara De la Serna.